

Perspectivas latinoamericanas sobre el (Mal)desarrollo y Democracia

Maristella Svampa

Maristella Svampa es socióloga, escritora e investigadora. Es Licenciada en Filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba y Doctora en Sociología por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de París. Es investigadora Principal del Conicet y Profesora Titular de la Universidad Nacional de La Plata. Es miembro del colectivo de intelectuales Plataforma 2012. (<http://maristellasvampa.net>)

Buenos días, buenas tardes a todos. Muchas gracias por la invitación a UnTER. Es un honor y una gran satisfacción estar aquí.

Como me han precedido mis colegas, Enrique Viale y Darío Aranda, mi interés en esta presentación es hacer un panorama más conceptual, tratar de volver sobre esos conceptos que ellos han deslizado, ilustrado, y también tratar de dar cuenta de una perspectiva latinoamericana sobre la problemática del extractivismo.

Entonces, en ese sentido, voy a aprovechar el tiempo que tengo para hacer una presentación en tres momentos. En el primero, quisiera subrayar cuáles son las claves que ordenan mi lectura; en la segunda parte, quisiera abordar el debate sobre el desarrollo y qué conceptos están en pugna; y en la tercera y última, quisiera hablar sobre los saberes críticos que existen en América Latina y la agenda de derechos humanos.

Para comenzar, entonces, como introducción, los cuatro temas ordenadores que, en todo caso, me parece que son esenciales para hacer una lectura sobre las luchas contra el extractivismo y las nuevas problemáticas socioambientales son, por un lado, la noción de “ciclo político”; por otro lado, la de “doble dinámica del capital”; en tercer lugar, la de “nuevos debates”; y, por último, la de “nueva agenda de derechos humanos”.

“Ciclo político” porque me parece importante tratar de dar cuenta de que, efectivamente, las bases de los distintos extractivismos se asentaron en la época del neoliberalismo, pero se expandieron en los últimos años, sobre todo a partir de 2003 cuando se da el *boom* o el alza del precio de los *commodities* a nivel global, lo que hace que todos los países que puedan exportar materias primas aprovechen estas ventajas comparativas del mercado internacional. Paralelamente a esto, asistimos, entre el año 1999 y 2000 a un *cambio de época* en América Latina -pensemos en Chávez en Venezuela y la Guerra del Agua en Bolivia, como inicio-, el cual suscitó enormes expectativas políticas acerca de la posibilidad de repensar la relación entre sociedad, política y economía. A quince años después del inicio del ciclo estamos en condiciones de hacer un balance crítico.

A partir del año 2003, entonces, arrancamos con lo que he llamado “el consenso de los *commodities*”, que está ligado, precisamente, al *boom* del precio internacional de las materias primas, y a la aceptación de sus ventajas comparativas por parte de los diferentes países latinoamericanos. La contracara es la minimización de las desigualdades sociales, ambientales y territoriales que se derivan del mismo, y la tendencia a la invisibilización de los conflictos y luchas socioambientales. Como sucedía en los `90, cuando el neoliberalismo aparecía como un discurso único; en la primera década del siglo XXI será el extractivismo el que aparecerá con la fuerza de un discurso único, clausurando cualquier tipo de debate. Por eso hablo de un “consenso”, pues desde el discurso hegemónico se subraya el carácter supuestamente irresistible del nuevo ciclo, algo que comparten tanto los gobiernos neoliberales como los gobiernos progresistas, más allá de las diferencias o del espacio de geometría variable en el cual se inserte, sobre todo, la acción del Estado. En la

actualidad, estamos ahora casi llegando a un final de ciclo. De hecho, a partir de 2008, no pocos autores hemos comenzado a caracterizar a los gobiernos progresistas, no ya en términos de “nueva izquierda”, y mucho más en términos de “modelos de dominación” tradicional, al estilo populista. Y esto más allá de lo que entendamos como populismo, pues la mía no es una lectura estigmatizante, es más bien una lectura que busca dotar de complejidad a ese término.

El caso es que se han dado fabulosos procesos de concentración de poder no solo económico, sino también político, al compás de la consolidación de estos gobiernos. El final del ciclo 2015-2016 nos confronta a una realidad bastante desoladora luego de haber sostenido diferentes expectativas políticas, la realidad actual es la de un giro hacia la derecha donde Argentina es la ilustración pionera, seguida de Brasil y, muy probablemente, prontamente lo será Venezuela.

Es en el marco de este ciclo que se ha dado la expansión del paradigma extractivista en América Latina. Entonces, la gran paradoja de este periodo es que, efectivamente, fue un periodo de expansión de los derechos —fueron reconocidos derechos del trabajo, derechos sociales, derechos de las llamadas “minorías”...— pero, al mismo tiempo, y al compás de la expansión de las fronteras del capital, ha habido una fuerte tendencia al cercenamiento y despojo de derechos territoriales, derechos ambientales, que, sin ninguna duda, repercuten sobre los derechos políticos y civiles. Entonces, la gran paradoja latinoamericana es ésta: la tensión que, a lo largo de esos 15 años comienza a devenir contradicción, que expresa la colisión entre la expansión de derechos (sociales, territoriales, colectivos, ambientales) y la expansión del capital (a través de la megaminería, el agronegocios, la explotación petrolera, las megarepresas), lo cual genera cada vez más conflictos socioterritoriales o socioambientales en todo el territorio latinoamericano.

Hablamos de la “doble dinámica del capital”, y es importante tenerlo en cuenta también. En especial, en los gremios, hay una tendencia a pensar que la dinámica del capital tiene una sola dirección y que es la que confronta capital con trabajo, y que se expresa a través de la sobreexplotación, la explotación, o incluso podríamos decir, la precarización y hasta el desempleo. Pero no hay que olvidar, --Marx lo decía en El Capital, también Rosa Luxemburgo y los representantes del marxismo ecológico-- que es necesario hablar de otra lógica, de la dinámica del capital en su relación con la naturaleza. Así, lo que se observa en la actualidad es la correlación existente entre el aumento del metabolismo social y el incremento de acumulación del capital, lo cual se traduce en términos de desposesión, cercamiento de bienes comunes y mayor destrucción de bienes naturales y territorios. Estamos en un periodo en el cual esa doble dinámica del capital nos plantea, sin dudas, desafíos enormes.

En ese sentido, una cuestión fundamental es la emergencia de otra agenda de derechos humanos, algo que en Argentina sobre todo ha sido obturado durante los 12 años de Kirchnerismo. La agenda de derechos humanos no es solo la agenda tan terrible que reenvía al terrorismo de Estado y los crímenes de lesa humanidad, que en nuestro país se ha expresado a través de los juicios y condenas a los represores, en un modelo ejemplar; no es solo el tema de la violencia institucional ligado a la criminalización de la pobreza y de la juventud. La agenda de derechos humanos incluye también la violación de los derechos de los pueblos originarios, y todo lo vinculado con extractivismo, territorio y democracia. Esto nos plantea una agenda que sin duda no es tan nueva —si nos referimos a los pueblos originarios—pero, en todo caso, si nos plantea nuevos desafíos desde el momento en que la lógica del capital plantea un arrinconamiento a esas poblaciones campesinas e indígenas y, además, de manera general, nos confronta a nuevas lógicas de extracción y desposesión de los territorios. Trata y femicidios son temas muy importantes hoy en la agenda de derechos humanos. Hay que ver su conexión con la ruta del extractivismo, en qué

medida en que estas actividades fomentan y exacerbaban estos dos graves problemas en la sociedad contemporánea.

Estamos ante la expansión de la globalización financiera y comercial, a través de megaproyectos extractivos. Tuvimos un periodo marcado por el “progresismo selectivo”, porque el progresismo, en todos los países latinoamericanos ha tendido a mirar la realidad con un solo ojo. Y por ende estamos ante una obturación de la nueva agenda de derechos humanos.

Para ir cerrando este punto, y para citar a Enrique Leff¹, lo que es esencial es que estamos en un periodo de “ambientalización de las luchas”. Leff no solo habla de ambientalización de las luchas, sino también de la emergencia del nuevo pensamiento ambiental en América Latina.

Es en este marco que uno de los grandes debates contemporáneos es el debate sobre el desarrollo. Y la noción misma de desarrollo es una idea que atraviesa el pensamiento social, económico y político de América Latina desde 1940-1950. Es un concepto límite y ordenador que, al tiempo que aparece como programa económico, se erige también como promesa emancipatoria. La ilusión del desarrollo ha recorrido numerosas experiencias políticas en América Latina, lo que se llamó, por ejemplo, el “neodesarrollismo”. En ese sentido, es importante tener en cuenta que el desarrollo ha configurado varios campos problemáticos. Un campo problemático se configura a partir de la relación entre desarrollo y progreso. Y ahí vemos emerger el paradigma dominante, un paradigma netamente economicista, productivista --esto es, que considera que la producción es un fin en sí mismo y apuesta al crecimiento indefinido o ilimitado--; y, por otro lado, un campo problemático en el cual se relacionan o se tensionan la noción de desarrollo con la de naturaleza. Es en ese marco de la tensión entre desarrollo y naturaleza que, a partir de los años setenta, emerge el paradigma ambiental. No solo en los países del primer mundo sino también, de manera incipiente, en América Latina. Más allá de que en América Latina tiene un lugar fundamental esta “visión eldoradista” que ya evocaba Enrique Viale en su presentación.

¿Por qué “visión eldoradista” de la naturaleza? Porque América Latina ha sido vista tradicionalmente como el lugar por excelencia de los recursos naturales. Porque en función de ello, desde los orígenes, América Latina tiene una historia ligada a la exportación masiva de la naturaleza. Porque la extracción o la actividad económica ha seguido el compás de los diferentes ciclos económicos. Primero fue con Potosí, el saqueo del oro y la plata. Luego le siguió el ciclo del guano, el ciclo del caucho, el ciclo del petróleo. Ahora el ciclo de la soja. El del gas y el petróleo no convencional y, por qué no, el del litio. Al compás de esos ciclos económicos, América Latina aparece como exportadora masiva de naturaleza. Y, por supuesto, va concibiendo este imaginario, que se asienta sobre la idea de que efectivamente explotando o sobreexplotando ese recurso que está exigiendo el mercado internacional, podremos acortar significativamente las distancias con los países del primer mundo. Y, por ende, podremos desarrollarnos. Es decir, se alimenta un imaginario, del desarrollo mágico, inmediato, gracias a la extracción y exportación de riquezas naturales.

La cuestión ambiental, y esto es importante también tenerlo en cuenta, ha sido tradicionalmente un punto ciego para las izquierdas. Sean clasistas, sean nacional-populares o populistas, éste ha sido un punto ciego porque las izquierdas consideran que el desarrollo tiene que ver con la expansión de las fuerzas productivas. Y bajo esa concepción productivista, se niega u obtura todas las problemáticas que tienen que ver con la dinámica de desposesión del capital y su relación destructiva con la naturaleza.

¹ Desde la ecología política y la filosofía ambiental, uno de los abordajes más ricos y complejos es el del mexicano Enrique Leff, creador de diferentes conceptos-horizonte, entre ellos, Racionalidad Ambiental, Saber Ambiental, Complejidad Ambiental, Epistemología Ambiental, Hermenéutica Ambiental, Diálogo de Saberes. Leff suele subrayar el olvido de la naturaleza y la ceguera epistémica de las ciencias sociales, ya que desde su perspectiva, lo ambiental ha sido lo impensable para las ciencias sociales.

Tenemos muchos pioneros en Argentina y en América Latina, que han buscado abrir esta discusión en el seno de las izquierdas para poder incorporar estas problemáticas que tienen que ver con la destrucción de los ecosistemas y la desposesión de territorios, que colocan en el centro, hoy cada vez más, los conflictos ambientales. Mucho más, si tenemos en cuenta que a partir del 2000-2003 con el *boom* de los *commodities*, la noción de desarrollo como gran relato estructurador de la modernidad vuelve a estar en el centro de la escena. Vuelve a insertarse como discurso hegemónico, dominante, que impone un tipo de lectura determinada y se expresa en políticas/programas públicos.

Hay entonces una perspectiva hegemónica sobre el desarrollo, que tiene sus matices, en el sentido de que hay diferencias significativas entre la visión neoliberal y la visión neodesarrollista que sostiene el progresismo selectivo latinoamericano. Pero hay muchos elementos en común. Y entre esos elementos en común está la visión productivista que no piensa en la finitud de los recursos naturales, que cree en el progreso indefinido o en el crecimiento ilimitado y que considera que los recursos naturales son *commodities*, es decir, materias primas o productos primarios estandarizados, que tienen un valor determinado en el mercado internacional. A lo más, como en el caso de los gobiernos progresistas, acuñan la noción de recurso natural estratégico para subrayar el rol central que tiene el Estado en la captación del excedente, en la captación de la renta extraordinaria, gracias a los altos precios internacionales.

Por supuesto, hay también un discurso débil de la sustentabilidad. Los que hemos indagado sobre el paradigma ambiental sabemos que hay distintas lecturas sobre la sustentabilidad. Vemos que tanto las grandes empresas, las corporaciones, como los gobiernos han adoptado una concepción débil de la sustentabilidad, que sobre todo subraya o subordina la naturaleza al desarrollo, a la lógica del mercado y, por supuesto, al discurso de la modernización ecológica, que cree que los efectos nocivos de la modernización van a ser controlados a través del desarrollo de más tecnología, de las llamadas “tecnologías limpias”. Esa confianza ciega en la ciencia está en la base de este discurso hegemónico.

Ha sido acá nombrada la responsabilidad social corporativa o empresarial, que es uno de los grandes temas de las empresas hoy en día, tanto hacia adentro, en relación con la comunidad como hacia afuera. Porque como dice mi colega, Mirta Antonelli², hay toda una producción sociodiscursiva de las empresas, que contratan sociólogos, antropólogos, periodistas para convencer a la población de que el único destino posible es el *fracking*, la megaminería, la soja o una megarepresa. Entonces, efectivamente, esta perspectiva hegemónica más allá de las diferencias, ha construido un lugar común entre el progresismo neodesarrollista y la perspectiva neoliberal.

Está también la que en América Latina de manera genérica llamamos la “perspectiva posdesarrollista” o la “crítica al neoextractivismo”, que cuestiona esa visión. Esta perspectiva crítica parte del proceso de ambientalización de las luchas sociales, en líneas generales, caracterizándola como una lucha pluriétnica, que abarca a grandes poblaciones. Así se ha ido conformando un campo crítico en el cual encontramos diferentes conceptos, como el de neoextractivismo, el del consenso de los *commodities*, el de maldesarrollo, de valoración de los territorios y, por supuesto, la idea de saberes críticos.

El concepto neoextractivismo, o extractivismo, ha sido varias veces evocado aquí. Es importante tener en cuenta que es un concepto que no es solo parte de la literatura de las ciencias sociales, sino que son los propios actores o protagonistas de las luchas quienes lo han adoptado, quienes han incorporado esta noción de extractivismo o

² Véase el texto que compilamos, M.Svampa y M.Antonelli, *Minería Transnacional, Narrativas del Desarrollo y Resistencias sociales*, Buenos Aires, Biblos, 2009.

neextractivismo, que es un concepto que, sin duda, irradia mucha potencia y tiene una gran capacidad de movilización. Este designa fundamentalmente la sobreexplotación de bienes naturales, la gran escala, la orientación a la exportación, la tendencia a la monoproducción o al monocultivo, el acaparamiento de tierras y también, no hay que olvidarlo, es un modelo de acumulación vertiginoso, que avanza sobre los territorios. Por eso, cuando hablamos de neextractivismo incluimos diferentes actividades, como pueden ser la megaminería, el agronegocio, las megarepresas al servicio del sector extractivo, la expansión de la frontera forestal, el extractivismo urbano o la urbanización neoliberal, en fin, y el fracking, cómo olvidarlo, precisamente en estas provincias patagónicas. El número de megaproyectos se va multiplicando y avanza de manera acelerada sobre los territorios.

El “consenso de los *commodities*” es un concepto provocador, que intenta poner luz a esta idea de que efectivamente, del lado del discurso dominante o hegemónico, lo que hay es una necesidad de obturar cualquier discusión diciendo que no hay alternativa. Que la dinámica del extractivismo es irreversible. Que América Latina o los países latinoamericanos no tienen otra opción y ese es su destino. Y como tal, cualquier tipo de oposición a ello se revela como irracional o es típica de fundamentalistas, que es algo que vemos, sin dudas, muy generalizado.

Otro concepto que hemos presentado en diversas oportunidades es el de “maldesarrollo”, que es un concepto que tiene una larga historia. Viene de los años setenta ya con Celso Furtado³, un economista brasileño que rompió con el desarrollismo de la CEPAL, y que ya subrayaba la disociación entre desarrollo y modernización para poner en evidencia los problemas que tenían que ver con la estructura de desigualdad de las sociedades latinoamericanas. Hay numerosa bibliografía sobre eso. Samir Amin⁴, escribió sobre esto. Vandana Shiva⁵, una física y ambientalista de la India muy conocida, es quizás la que le dio una vuelta de tuerca geopolítica al concepto de maldesarrollo para designar precisamente que, luego del final del colonialismo, el poscolonialismo, viene de la mano de esta colonización por parte de las categorías económicas europeas, en términos de modelos de desarrollo, que avanzan arrasando las economías locales de la mano de sus socios locales. Esta idea de maldesarrollo no es para contraponerla a un buen desarrollo que supuestamente ilustrarían los países del primer mundo, sino para subrayar el carácter insustentable en sus diferentes dimensiones, no solo económico sino también social, cultural, ambiental, sociosanitario que tienen estos modelos.

El “maldesarrollo” está relacionado con otro concepto que aquí también se evocó en reiteradas oportunidades que es el de “zona de sacrificio”, que implica la radicalización de una situación de injusticia ambiental, que es ilustrado por los pasivos ambientales, lo que implica no solo la destrucción del territorio, sino también la destrucción de la vida. Esto es, nos referimos al impacto que estos modelos de maldesarrollo tienen sobre los territorios y sobre los cuerpos de las personas. Esta amenaza a la vida es, sin duda, global. De ahí, que se conviertan éstas en zonas de sacrificio, noción que no es solo territorial.

En el libro “*Maldesarrollo en la Argentina, del extractivismo y el despojo*”, que publicamos con Enrique Viale en 2014, hicimos un estudio sobre las actividades

³ Celso Furtado fue un gran economista y pensador brasileño, cuya obra se inserta en la primera etapa de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), pero que se separa de la visión desarrollista de la misma, para analizar desde una perspectiva crítica y de clase los obstáculos al desarrollo y el estancamiento económico, anticipando en ello varios de los tópicos que luego serán abordados desde la corriente de la Dependencia. Véase mi trabajo *Debates Latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, Buenos Aires, Edhasa, 2016.

⁴ Samir Amin es un destacado economista marxista, egipcio, que mantuvo un diálogo muy fértil con otros intelectuales latinoamericanos a partir de los años 60. Publicó el libro, *Maldevelopment. Anatomy of a Global Failure*, en 1990.

⁵ Véase Shiva, Vandana (1995). *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*, Madrid, Horas y Horas, pp. 19-75 [*Staying Alive. Women ecology and survival*, 1988] y de 2012, “Diálogo sobre ecofeminismo”, <http://www.estudiosecologistas.org/docs/publicaciones/eco.pdf>.

ligadas al maldesarrollo en la Argentina, de lo cual hablaron hoy quienes me precedieron de manera muy concreta con datos muy claros, muy elocuentes, que muestran sin duda el carácter depredatorio de este tipo de extractivismo.

Sin embargo, más allá de eso, en América Latina, no solo hemos visto emerger una serie de movimientos territoriales, socioambientales con diferente potencia según los escenarios nacionales, sino una serie de saberes críticos que hoy están disponibles para todos. Y esto me parece importante subrayarlo en un congreso de docentes, que quizás no tengan, en todo caso, el listado completo de esas disciplinas que desde una perspectiva también interdisciplinaria y crítica hoy están indagando la problemática del desarrollo buscando plantear alternativas al mismo, buscando plantear otra racionalidad ambiental, otro tiempo de relacionamiento entre la sociedad y la naturaleza.

Los aportes de la ecología política con Enrique Leff, ya citado, es uno de ellos. Habría que incluir acá los trabajos sobre la economía ecológica de la Universidad del Comahue, dirigidos por Adriana Giuliani, que trabaja muy bien ese tema, buscando tender puentes entre distintas disciplinas. Desde Brasil nos llega la geografía crítica, que piensa el tema de la tensión de las territorialidades. Desde la antropología crítica nos llega toda la reflexión que rompe con la ontología dualista de la modernidad, esto de pensar al ser humano como separado y exterior a la naturaleza. Y plantear que hay otras visiones, que plantean un relacionamiento diferente entre el hombre y la naturaleza. Eso es importante tenerlo en cuenta porque efectivamente ha habido un monopolio de la representación de la relación sociedad-naturaleza, a través de la visión antropocéntrica occidental, dejando de lado las visiones biocéntricas y relacionales, que presentan diferentes pueblos, sobre todo originarios, en América Latina y en otras latitudes. Descolonización y perspectiva indianista, no hay ninguna duda, también incluyen este campo de saberes críticos en América Latina. En los países de matriz andina hay muchísima bibliografía y mucha discusión acerca de qué consiste un proyecto de descolonización, y si efectivamente los gobiernos progresistas, como en Ecuador o Bolivia, han llevado a cabo o no ese proceso de descolonización que implicaba no solo protección de los territorios, protección de la Pachamama, sino un proyecto indianista ligado a la plurinacionalidad y la autonomía.

Y, no podía dejar de citar a los feminismos populares. La importancia que tienen los feminismos populares, que podemos llamar elegantemente como “ecofeminismos” también. Es fundamental en toda América Latina porque, como se recordaba acá también, las mujeres son las protagonistas fundamentales de sus luchas y son las que establecen este paralelismo entre la explotación de la naturaleza y la explotación de la mujer. Ese trabajo invisibilizado que hace la mujer, el de crianza y cuidado, que se mira en paralelo con el trabajo invisibilizado de reproducción que hace la naturaleza. De ahí, que la noción misma de Ética del cuidado sea central para pensar la relación entre sociedad y naturaleza como codependencia. Los feminismos populares, sin duda, en los años que vienen, tienen muchas cosas para decir en nuestros países.

Quisiera terminar con dos cuestiones. En términos políticos hoy podemos decir que estamos asistiendo al llamado “fin de ciclo” de “progresismo”. Este fin de ciclo tiene dos inflexiones, una económica y otra política.

La inflexión económica tiene que ver directamente con la caída de los precios de los *commodities*. A partir del año 2013, ha habido una baja sustancial en los precios de los *commodities*, petróleo, minerales. También en relación a la soja. Esto ha impactado fuertemente en estas economías latinoamericanas que han basado su crecimiento en la exportación de materias primas. Y mucho más en un contexto de relación neodependentista con China. China demanda materias primas a los países latinoamericanos en una relación unilateral y asimétrica, que en la medida en que continúen cayendo los precios de los *commodities*, se viene haciendo cada vez más

costosa. Asistimos entonces a lo que se llama “final del superciclo de los *commodities*” con la evidencia de que no ha habido un cambio en la matriz productiva de América Latina, sino más bien un proceso de reprimarización de las economías.

La segunda inflexión es que, desde el punto de vista político, también hay una crisis muy fuerte de los progresismos. Como les decía, en los últimos años, hemos sido conscientes de que estos progresismos, más allá de sus diferencias nacionales, han ido evolucionando hacia modelos de dominación más tradicional que están basados en la concentración del poder, en la escasa tolerancia a las disidencias y en el disciplinamiento social. Esa acentuación de los esquemas hiperpresidencialistas la hemos vivido con extrema radicalidad acá, en Argentina. Sin dudas, no era lo mismo al comienzo, cuando en 2003-2006, había enormes expectativas y diversas narrativas emancipatorias en juego. Lo que sucedió es que esas narrativas emancipatorias fueron absorbidas, neutralizadas por el discurso progresista y, de alguna manera, también rechazadas en función de una matriz que refuerza la idea de la identificación del líder con el Estado.

Es en ese marco es que asistimos, insisto, hoy en día, a una suerte de fin de ciclo, donde las promesas incumplidas y el afianzamiento de más extractivismo y menos democracia parece anunciar la profundización de un nuevo ciclo de violación de derechos humanos. Esto es mucho más alarmante en un contexto como la Argentina, donde hemos visto el pasaje de un gobierno progresista populista a un gobierno neoempresarial con una neta vocación antisocial, que pone en peligro aún más la cuestión de los derechos humanos.

Seamos conscientes, además, de que a 40 años del golpe de Estado, en estos últimos 12 años, sobre todo, ha habido varias agendas de derechos humanos, ha habido una obturación de esa agenda de derechos humanos ligada al extractivismo y a los derechos de los pueblos originarios. El Kirchnerismo hizo todo lo posible por obturarlo y por monopolizar el discurso de los derechos humanos identificándolo al tema del terrorismo de Estado y el juicio a los militares. La cuestión es que estamos en un cierre de ciclo y en la apertura de uno nuevo, en donde esta doble dinámica del capital nos muestra mayores peligros. Porque, por un lado, hay un reforzamiento del extractivismo. Habrá más extractivismo, en ese sentido, y menos democracia. Pero al mismo tiempo, también, hay una amenaza clara a los derechos sociales, al derecho al trabajo, a los derechos elementales, también, que parecían, al menos, relativamente asegurados.

Esa doble agenda de derechos humanos es la que efectivamente tenemos que tomar. Y yo creo que los que tienen un rol fundamental para tender puentes e interconectarla son los docentes.

Muchas gracias.

Notas:

1. Sobre el rol de las izquierdas:

Creo que la posibilidad de realizar un modelo viable, sustentablemente deseable y, por supuesto, social y políticamente igualitario interpela a las izquierdas. Un modelo de estas características es de corte anticapitalista e interpela repensar a las izquierdas, para ver sus límites y para efectivamente tratar de pensar de qué manera se conecta o incorpora la problemática ambiental. Yo no creo que la izquierda ecológica por sí sola pueda hacer algo. La batalla cultural es uno de los grandes desafíos que tenemos ante la expansión de un modelo de consumo que refuerza también el modelo extractivista. Pero, sin ninguna duda, yo creo que la posibilidad de pensar un modelo viable tiene que ver con la articulación de las diferentes izquierdas: la izquierda clasista, la izquierda ecologista y la izquierda nacional popular tienen mucho para decir y muchos puentes que tender para poder construir esta alternativa de futuro. Sin conexión, sin articulación entre estas izquierdas, sin duda, en la cual también hay que

incorporar a esa izquierda más de tipo comunitario e indigenista, no hay posibilidad de construir un futuro posible.

2. Sobre el rol del CONICET

Es cierto, hay un pensamiento dominante al interior del CONICET, pero también hay bolsones de resistencia desde los cuales se produce un saber experto crítico, comprometido. Digamos, también en ese sentido, que hay que saber utilizar el saber dominante para construir saber contrahegemónico. Creo que Boaventura de Sousa Santos decía “hay que usar la ciencia hegemónica para hacer ciencia contrahegemónica”. Y hay bolsones de resistencia de científicos que, como Andrés Carrasco, lo hicieron desde el CONICET.

3. Sobre la obturación de la agenda de derechos humanos

Acá me preguntan por qué las organizaciones de derechos humanos no participan en las luchas ambientales. Y fíjense, ya la manera como está formulada la pregunta indica que hay una identificación entre los derechos humanos con el gobierno anterior y, sobre todo, la política de derechos humanos ligada a los juicios por los crímenes de lesa humanidad, que es algo que, además, todos hemos celebrado.

Recordemos que fueron más de 600 militares los condenados y más de mil enjuiciados por delitos de lesa humanidad. Es realmente un caso único en el mundo. No tenemos duda. Pero por eso mismo ha sido tan gravoso y dañoso que se haya separado, se haya obturado la otra agenda de derechos humanos, que tiene que ver con la desposesión de bienes, de territorios, de derechos en términos más generales. Porque no son solo derechos socioambientales. Lo que está en juego es la vida y, sobre todo, también, lo que entendemos por democracia. En la medida en que se obturan todos los dispositivos institucionales existentes para que la gente no decida si quiere o no un proyecto extractivo, estamos también limitando los alcances de la democracia. Entonces, esto es lo que decimos: ha habido dos agendas de derechos humanos separadas. Es necesario volver a entrar en diálogo. Porque, además, aquellos que hemos criticado el extractivismo, nunca nos apartamos de la defensa de los derechos humanos ligada al castigo de los crímenes de lesa humanidad y de política de la memoria. Y hubo mucha gente que acompañó, como el Serpaj, con Adolfo Pérez Esquivel, o la infaltable Nora Cortiñas. Pero también hubo numerosas organizaciones de derechos humanos que miraron hacia el costado, miraron la realidad con un solo ojo e hicieron la vista gorda a los problemas que sucedían en el país.